

Antonio Hernández

EL BETIS: LA MARCHA VERDE

Con el epílogo «Por eso soy del Betis»,
de Julio Muñoz Gijón @Rancio

e ilustraciones
de Andrés Martínez de León

el paseo, 2022

© Antonio Hernández, 1987-2022
© del epílogo: Julio Muñoz Gijón, 2007-2022
© de las ilustraciones: Herederos de Andrés Martínez de León, 1958-2022
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022
www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: mayo de 2022

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Diseño de cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)
Impresión y encuadernación:

I.S.B.N. 978-84-19188-05-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-1117-2022
CÓDIGO THEMA: Q; S; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial
de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.
Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

CONTENIDO

Pórtico	IX
EL BETIS: LA MARCHA VERDE	3
Epílogo, por Julio Muñoz Gijón @Rancio	81

PÓRTICO

Escalofrío

Jazmín, ruiseñor y fuente.
La plaza de Santa Marta.
La Giralda desde el Arco
Chico del Patio Banderas.
Saber que Dios está lejos
mas se hace el enconradizo.
Dar gracias por esa luna
narcisista por el río.
Sin soñar, ser sueño aparte.
Y joven contranatura:
que no importe haberlo sido.
Por la Palmera gritar
«¡Viva el Betis manque pierda!»

ANTONIO HERNÁNDEZ



EL BETIS:

LA MARCHA VERDE



Y el séptimo día hizo Dios el Beti güeno.

PEPE PRADOS

Los sevillistas, que si saben poco de la vida saben menos de la historia, dicen que su club es más antiguo que mi *Beti güeno* y que se fundó dos años antes que mi niño de mis entretelas. Dicen que cuando ellos empezaron a andar nosotros estábamos todavía en pañales, con lo que de paso quieren decir que andábamos manchando el mundo cuando ellos ya le daban patadas a un balón. Cosas sin gracia y, lo que es peor, sin enjundia, porque si sus madres los hubieran hecho béticos en vez de lo que son, y que no digo por respeto a la gente de circo, sabrían que, antes de venir al mundo, el Cristo del Cachorro ya existía entre *nosotros* como Dios único y verdadero. Verse no se vería. Pero ya estaba. Les pasa como a la gente de

la Puerta de Jerez, que como no toque no ve. Cortitos que son y poco que han ido a la universidad de la calle. Porque se da una cosa que no todo el mundo sabe observar: los sevillistas, cuando salen solos, se pierden por todo lo que no sea calle Sierpes o avenida de Luis Montoto, a la que también le llamamos la Vía de la Amargura, y sobre todo los domingos por la tarde, tras el partido, que aquello tiene más lágrimas que la cara de la Esperanza o un serial de Sautier Casaseca. La senda de los elefantes, le decimos, todos con la trompa enfilando el suelo, más para abajo que la minga de un esquimal. Y todo porque no saben perder, porque no han aprendido a curarse las heridas, porque se creen gigantes y, después, a la hora de la verdad, tienen el orgullo como los conejos, más escondido que el talento de Manolillo el de las Vacas, aquel defensa del Sevilla que veía una apisonadora de Entrecanales y Távara rodar y se creía que era una pelota. Nosotros, sin embargo, vea usted, compadre: que se pierde, tres fandangos más, tres sevillanas más para ahuyentar la tristeza, que somos los Reyes Magos de la simpatía, siempre repartiendo colores por ahí aunque la procesión vaya por den-

tro. Más pasos, y malos, tenemos que el Viernes Santo, todo hay que reconocerlo. Pero quien haya visto llorar a un bético, o sufre del coco o ha visto a un sevillista por Carnaval, disfrazado de verdi-blanco, para desprestigiarnos. Eso lo hacía un menda portugués que se habían agenciado los de la oposición para darnos coba. Lo vestían de bético y lo echaban por la avenida con nuestra indumentaria gloriosa, *berreando* muuu, muuu. Pero hasta que no le daba por imitar a su padre, o al padre del que lo alquiló para que hiciera de Islero, cualquiera que se lo topara creería ver a un hincha de mi *Beti güeno* si antes no hubiera reparado en que, en vez del escudo, coronado con trece barras en su triángulo, lo que llevaba donde la parte del corazón era un par de cuernos más lustrosos que los zapatos de un *cantaor* de flamenco. Estos de la oposición siempre con groserías, poca clase que tienen, por mucho que digan y digan de su alcurnia, que si patatín patatán sobre sus familias cortijeras y que los béticos somos todos o betuneros o taxistas o rojos. La imaginación que no tienen para saber perder la tienen para inventarse padres millonarios, veraneos en Marbella y títulos de

marqueses, cuando todos sabemos que con padres a secas van que chutan, veranean menos que los pingüinos, tienen menos títulos que el Lebríja Deportivo, y a lo suyo, de llamarle imaginación, es porque la gente confunde eso con la fantasía, que ahí, sí, tienen más fantasía que el que se creyó la Torre del Oro y empezó a montar ciscarda con su uno treinta de estatura y las tres perras del paro. Pues así son los sevillistas, como el que se libró de la *mili* porque la frente le hacía palmas con las rodillas y porque se dicen ricos teniendo más trampas que un león suelto en los Remedios. Mucho aparentar y, luego, si escuchan *Madriiss* se creen que a alguien le ha dado el repenque, el tembleque del estornudo. Mucho decir que si hermano del hermano mayor del Gran Poder o presidente del Círculo de Labradores, y cualquier día te los encuentras de Esnaola en una discoteca, parando los balones envenenados de los chorizos que se quieren colar sin pagar la entrada. O de loteros en el barrio de Santa Cruz, de *luter*os, vamos. Muchas ilusiones, muchos desvaríos y muchas ínfulas de grandeza, menos los domingos por la tarde, que la procesión del Silencio parece esa cola intermina-

ble de cabeceras de duelo. Yo ya se lo dije a mi hermano, que, el gracioso, es sevillista, porque de todo tiene que haber en esta viña del señorito que es la Andalucía de nuestras entretelas. Se lo dije como hay que decir estas cosas a las personas que no se puede dejar de querer a pesar de su antibetismo, cabalmente. Mira, hermano, déjate de fanfarrias, que tu ropa, como la mía, y a veces es la misma, nos la han comprado siempre en el baratillo. Él me contestó algo que le habrá escuchado a algún mamahostias de esos que lo explotan y lo tienen todo el día de recadero, que más zancajazos da, por tres perras chicas, que el Antonio Gades. Me dijo que la ropa luce según quién la lleve puesta, y, lo que más me dolió, que a ver quién se viste de blanquiverde sin que lo confundan con una cotorra. ¡Va a comparar! Ellos, todos de blanco, como si esto fuera el Polo Norte y su camiseta representara a la nieve de estos pagos. Ese blanquillo indeciso, de muerto proyectado a quince días vista. La pureza, dice que significa, cuando están más embarrados que San Mamés, con más lodo en las piernas que los camellos de los Reyes Magos. ¡Va a comparar! Ese verde de los campos del Rocío y ese

blanco que, con el verde, quita el sentido como la Blanca Paloma al destacarse entre los pinos. Ese verde macho, masculino, varón, que significa la hombría, y ese blanco acostado con él, matrimonio perfecto. Pero los sevillistas no entienden de matices, qué va. Los sevillistas, si van al cine y ven una cebra, le quieren pintar las rayas, y es que son así de cortos y de planos, que parece mentira que hayan nacido al pie de la Giralda, tan mirando arriba como un suspiro bético hacia el cielo. Que no exagero, compadre, que cuando la directiva del Sevilla fue a Santiago de Compostela a ganar el jubileo, ¿sabe lo que se le ocurrió decir al presidente? Que sí, que todo aquello era muy bonito, y que los gallegos, fetén, que el lacón con grelos estaba superior, pero que ya podían darle una manita de cal al Obradoiro y que volverían otra vez encantados de turismo por Galicia, pero cuando las rías estuvieran bajas. No te jode, vaya una representación andaluza. Fueron a ganar el jubileo y ni lo empataron. Luego cuentan lo que cuentan de nosotros. Y eso sí que no, porque yo, a mi Andalucía, la quiero tanto como a mi *Beti güeno*, que para eso su bandera es nuestra camiseta, de la que los junte-